

La obra científica y cultural de la Compañía de Jesús

Hay en la vida de los hombres ciertos momentos determinantes que al clausurar una etapa del tiempo físico, invitan a echar una mirada de conjunto sobre aquellos hechos que quedan anclados para siempre en el pasado, a fin de poder apreciar las realidades vividas hasta entonces, para medir las reservas de acción que acumule el presente y para sondear las arcanas posibilidades del futuro.

Un siglo o un milenio son fracciones mínimas en la vida del mundo que habitamos y lo son aún en el proceso doliente y contrastado de la especie humana. Mas, ya para el conjunto de hombres constituidos en pueblos y en naciones, cien años son una sección de vida que es preciso tomar en cuenta para hacer un balance justiciero de los valores o los descensos que a lo largo de ella pueda liquidar el juicio severo de la historia.

Así también para todos aquellos empeños históricos que un grupo de hombres animados de un mismo ideal, acometen a la vista de sus semejantes. Sobre cada una de esas iniciativas humanas que han venido a la vida y que se han proclamado como un anhelo de perfeccionamiento moral, están a todo momento clavados la mirada inquisidora y el anhelo interrogante de la humanidad, ansiosa de inquirir si ellos han llenado su misión, y si han respondido a sus propios ideales y a las necesidades que determinaron su aparición.

Una de estas creaciones, la Compañía de Jesús, de larga y accidentada historia, va a cancelar muy pronto sus cuatro siglos de vida, de una vida intensa, combatida y peligrosa cual ninguna; y entre nosotros, esa misma Sociedad cerró no hace mucho medio siglo de faena, desde el día en que, tras repetidos y casi frustrados intentos, a partir de la proscripción decretada por Carlos III, puso de nuevo el pie en tierras de Colombia. Justo y oportuno es

que, al coronar estas etapas, veamos con ánimo imparcial y sereno, si la obra de Ignacio de Loyola y de sus continuadores ha realizado para la humanidad y para la doctrina de Cristo la obra de sostén, de defensa y de rectificación que fue su divisa de combate en los momentos en que hizo su aparición en la historia.

Mas, al llegar a este punto, veo con temor que he enunciado un tema formidable por su grandeza y su amplitud: la obra doctrinaria de la Compañía de Jesús!... Qué cometido tan grandioso sería éste, qué labor tan gigantesca la de señalar, aunque fuese brevemente, los trabajos que en tantos ramos de la actividad humana han llevado a cima los miembros de este instituto desde los tiempos de su fundación hasta la época presente! Esta materia, fecunda e inagotable, ha ocupado la vida de muchos historiadores ilustres, y sigue siendo el tema de innúmeros esfuerzos de investigadores y de sabios. Cómo podría alguien presentar, en breves páginas, siquiera un ligero esbozo de lo que está consagrado para las generaciones en centenares de volúmenes que guardan las bibliotecas de academias, de colegios, de universidades y de toda clase de instituciones sabias? Empeño inútil sería éste y, además, imposible de realizar. Baste a mi deseo de contribuir a esta obra noble y justiciera de crítica histórica, el recordar en datos aislados, breves y resumidos, cuál ha sido la actitud de la Compañía de Jesús ante las ciencias, cuáles sus títulos, en lo puramente terrenal, ante el desenvolvimiento de la civilización humana.

Insisto en declarar que esta reseña será por fuerza incompleta, ya que un estudio detenido sería tema para forjar exposiciones fuera de proporción con este estudio y, además, porque muchos de los escritos, investigaciones e inventos de los padres jesuitas de diversos países pertenecen a altas especialidades científicas y técnicas, que están muy por encima de los conocimientos de un observador común y corriente.

Trascendental y decisivo momento de la historia aquél en que vio la luz esa orden religiosa de nuevo estilo que fue la Compañía de Jesús. Si se exceptúa el primer siglo de nuestra era, que partió en dos mitades el proceso de la humanidad, si ponemos aparte ese instante único y estelar en que surgió la aurora del Cristianismo y se inició la caída indetenible de Roma y del paganismo, ninguna otra época

de la historia tan fecunda en hechos poderosos, tan grávida de genios creadores, tan rebosante de movimientos espirituales como aquélla que cubre el final del siglo XV y el crto del siglo XVI. Ya lo dijo León XIII con palabra de oro: Después de la obra de la redención humana, los más altos hechos de la historia son el descubrimiento del Nuevo Mundo y los que le acompañaron.

Reciente estaba aún la gesta de los grandes navegantes que habiendo dado su forma definitiva al mapa del planeta, creó para sus habitantes nuevas corrientes económicas y espirituales y señaló caminos imprevisos al espíritu de aventura y al celo apostólico de la vieja Europa. La obra de Colón y de la Católica Isabel, y la odisea de Vasco de Gama, allende el Cabo de las Tempestades, estaban derivando hacia regiones ignotas y lejanas la ardorosa inquietud de españoles y portugueses, y aun de algunos recios capitanes de Sajonia y de Baviera y, de este modo, un nuevo "pathos" —que diría el sociólogo alemán— se creaba en el espíritu monástico, supersticioso y guerrero del habitante del Viejo Mundo. Formóse así entre los dos hemisferios una doble corriente de valores: al paso que el fluir de riquezas insospechadas de las regiones descubiertas hacia las naciones europeas cambiaba a fondo el ritmo de la economía universal, el material humano se desbordaba en dirección opuesta. Una que otra figura nobiliaria de auténtico linaje, el hijodalgo, el segundón, el militar licenciado de las campañas moriscas y flamencas, el aventurero, el perseguido de la justicia abandonaban sin duelo ni pavor los lares nativos para ir tras el nuevo vellocino de oro, siempre atraente y siempre distante en la espesura de las selvas americanas. Y otros hombres emigraban también hacia la América y hacia las Indias Orientales, ya no armados de punta en blanco ni llevando en sus manos espadas, alabardas ni arcabuces, sino cubiertos de talar vestidura, empuñando el signo de la cruz y armados con todas las armas del espíritu y con todos los poderes del ascetismo y de la fe. Aquestos no iban tras los tesoros de Moctezuma, de Tisquesuza o de Atahualpa, sino en pos de ese otro oro de infinito valor: el alma ingenua y pagana de las muchedumbres aborígenes recién descubiertas, que era preciso adquirir para la vida de la gracia y para la eterna civilización de Jesucristo.

Al lado de esta revolución que podría formularse en términos geográficos y económicos, otra mucho más hon-

da bullía ya por entonces en el mundo de los espíritus. El ciclo medioeval había llegado a su término y en la vida de la humanidad se iniciaban los signos augurales del Renacimiento. Quede a otros la ardua labor de inquirir las causas determinantes de esta vasta agitación de ideas, de sentimientos y de pasiones que removió hasta su fondo el alma de los hombres, que trajo nuevas modalidades de pensamiento, que sacó a la luz las olvidadas formas de la belleza clásica y que infundió su soplo creador a las ciencias de la naturaleza. Como en la era legendaria el piadoso Eneas había traído, a través de los mares, los penates de Troya hacia las hospitalarias playas latinas, así en las postrimerías del siglo XV, caído ya Bizancio en poder de Mahomet y de sus hordas, hubo también devotos guardianes de la cultura griega que transportaron a la península italiana los últimos restos de aquella civilización egea, que por un milagro de los tiempos habían sobrevivido a tantas devastaciones que azotaron el imperio de Constantino. Fugitivos de Salónica y de Constantinopla, Juan Argirófilo, Teodoro Gaza, Juan Andrónico y otros hombres de vieja y profunda erudición, abren escuelas de filosofía, de elocuencia y de estética en Roma, en Florencia y en Milán y con la protección de los papas Nicolás V y Pío II y de Cosme y Lorenzo de Médicis, fundan las academias Romana y Florentina, enseñan la filosofía de Platón, revelan a sus discípulos los principios y los métodos de la antigüedad clásica e inician de esta suerte un nuevo, o mejor dicho, un renovado estilo de pensamiento y de expresión.

Este impulso traído del extinguido imperio bizantino y quizá también la evolución inmanente de la cultura occidental, obraron el prodigio de lo que se ha llamado el Renacimiento. Epoca incomparable que, al convertir las altas mentes de la humanidad hacia el eterno canon de belleza legado por la Grecia y hacia la contemplación directa de la naturaleza, llevó las artes y las ciencias a ese ápice de grandeza, que para las artes fue una verdadera auto-superación de la especie humana y para las ciencias un punto de partida de conquistas trascendentes que duran aún y que cada día arrebatan algún dominio inexplorado del mundo que habitamos.

Empero, es condición ineludible de todo progreso humano el producirse inarmónicamente en los diversos componentes de la vida. Al paso que algunos de nuestros poderes se perfeccionan y se exaltan, otros quedan estacio-

narios o retroceden. Y en ocasiones, cuanto mayor es el auge de ciertas capacidades del espíritu que una época de la especie o del individuo trae consigo, tanto más honda es la crisis de decadencia que se produce en otras facultades igualmente necesarias para el avance integral del ser humano. El movimiento renacentista es uno de aquellos momentos culturales que mejor ilustran esta triste verdad, casi podríamos decir esta ley inexorable de nuestra flaca naturaleza. Al paso que la historia de la humanidad se magnificaba con las obras inmortales de Miguel Angel, de Leonardo, de Rafael y de Durero, con los nuevos rumbos traídos en el campo de las ciencias por Copérnico y por Galileo y con tantas otras creaciones en los dominios de la Arquitectura, de la Música, de las Matemáticas y de la poesía, en el campo de la Moral el hombre tocaba también a un punto culminante de desviación catastrófica.

La vida cortesana y la actividad política fueron el estado preferido para las artes de depravación y de perfidia. La deslealtad, la venalidad y la traición fueron la norma casi invariable en las relaciones de los hombres de estado, y en el seno de las grandes familias. Y la vida corriente de los Estados, especialmente en los pueblos latinos, se vio mancillada a diario por una refinada depravación de las costumbres y por el crimen político o privado en sus formas más execrables. Al mismo tiempo que los viejos principios del arte antiguo, se habían infiltrado en el seno de la civilización occidental los vicios sociales que caracterizaron la decadencia de los griegos y que apresuraron la extinción definitiva de su espléndida cultura. Como reacción contra el ascetismo y la mística medioevals, el Renacimiento, al decir de un pensador germano, se alzó como una contradicción en el orden moral, a la manera que en la antigüedad griega el culto dionisiaco sucedió a la sobria y sabia civilización dórica. Y en un caso como en otro, un sentido orgiástico de la vida se implantó en toda su plenitud, allí donde el concepto sencillo y religioso de las sociedades había sido la norma para dirigir la vida terrenal y para conquistar la eterna ventura.

Es preciso tener en cuenta este estado del mundo cristiano, esta etapa brillante y depravada de la civilización occidental, para apreciar el momento histórico en que surgió a la vida la iniciativa de San Ignacio de Loyola.

Mas, antes de llegar a ese punto, es preciso hablar de otro sacudimiento espiritual que en este inagotable período

do de la historia se produjo en el seno mismo del mundo religioso. Quiero hablar de la Reforma Protestante.

Epoca luctuosa fue para la Iglesia de Cristo, representada en su vicario de Roma, aquella en que los pueblos y los Estados del norte de Europa quebrantaron la unidad del cuerpo cristiano y abandonaron la eterna doctrina predicada por los apóstoles. Dura época de prueba, en que la lucha entre la antigua fe y la nueva manera de interpretar los Evangelios salió del campo de las conciencias al agitado palenque de la política, enfrentó uncs a otros las facciones y los Estados, y dio origen a tantas contiendas armadas en que corrió abundante la sangre de los hombres!

La reforma predicada por Lutero, por Zwinglio y por Calvino no sólo borró en el alma de los pueblos del septentrión europeo la milenaria tradición cristiana, dejando en su lugar aquel semblante de doctrina que se funda en la libre y arbitraria interpretación de las Santas Escrituras; no sólo abjuró de todo el acervo de ciencia y de virtud legado por los primeros siglos del Cristianismo y por los Padres de la Iglesia; no sólo borró de la conciencia de sus adeptos la mayor parte de los sacramentos y los misterios más augustos de la fe, sino que arrebató de aquellas almas los dos elementos más poderosos de toda religión: todo aquello que habla a los sentidos y lo que crea y exalta la emoción en los espíritus.

Recorramos un templo protestante, así sea el más vasto y grandioso; desatemos nuestros pasos a lo largo de la Catedral de San Pablo en Londres o bajo la cúpula gigantesca del templo evangélico que ocupa el centro de Berlín. Todo allí es árido y vacío. Desde las altas bóvedas, a lo largo de los muros desnudos, sobre las baldosas yertas de los pavimentos, un hálito impersonal y mustio sopla sobre el espíritu con ráfagas de soledad y desconsuelo. El alma allí se siente peregrina, huérfana y desolada porque no encuentra ni las imágenes de los ángeles ni de los santos ni otro alguno de aquellos signos familiares que elevan las potencias y sentidos hacia la excelsitud de lo divino. En vano buscaremos allí algún emblema evocador y sobrehumano, o algo que recuerde el profundo simbolismo de las viejas liturgias: ni la penumbra silente de nuestras basílicas, ni el rumor de las oraciones, ni el eco de los cánticos sagrados, ni el esplendor de los tabernáculos, ni la divina irradiación de los ostensorios, ni el aroma de los inciensos, ni el brillo hierático de los facistoles, ni la plegaria lacri-

mosa de los cirios que se consumen de emoción al pie de los altares. Y en vano buscaremos, porque jamás los hallaremos en esos áridos santuarios, ni el suave desahogo del alma en el confesonario, ni el óleo santo que en nuestra santa religión consagra al hombre recién nacido para las luchas de la vida y unge nuestra carne desvalida en los umbrales de la muerte.

¿Y qué decir de la ausencia, en la iglesia reformada, de todo culto a María, la Madre Universal? Esta, la fuente más copiosa de hondas y tiernas emociones, es, en la católica, la sublimación del amor filial que bulle en todo sér viviente y aquellos que la suprimen de sus ritos y creencias tal parece que no hubieran nacido de una madre o que, al nacer, hubiese perecido en el yermo de sus almas el más grande, el más sublime, el más divino de los sentimientos humanos!

Tales eran los tres grandes movimientos que agitaban el mundo en ese ciclo conturbado en que Ignacio de Loyola creó su obra de la Compañía de Jesús: un continente descubierto, que era preciso conquistar para la civilización de Jesucristo; una honda inquietud renovadora en las artes y en las ciencias, mezclada con una perversión de las costumbres que invadía todas las esferas y todas las jerarquías, y por último, un sacudimiento espiritual que amenazaba hundir la comunidad cristiana en el desconcierto y en el caos. Por designio providencial que se encarnó en un hombre formado en la vida de las armas, surgió esta nueva milicia que vino a sumarse a las antiguas e ilustres legiones de la Iglesia cristiana para defender la fe, para afirmar la disciplina en trance de relajación, para extender la doctrina en las lejanas regiones del Levante y del Occidente y para incorporarse al movimiento de las ciencias, a fin de evitar que ellas se extraviasen por los caminos de la impiedad y del error.

Grandes fueron los hechos que desde su iniciación llevó a cima la Compañía de Jesús en estos diversos sectores de su actividad batalladora. En lo tocante a materias doctrinarias, su intervención fue culminante en el Concilio de Trento, donde Laynez, Fáber y Salmerón, los tres primeros compañeros de Loyola, como delegados especiales del Sumo Pontífice Paulo IV aportaron, cual lo hiciera Atanasio el de Alejandría en el célebre concilio de Efeso, la fórmula definitiva y lapidaria de muchos puntos de fe y de

disciplina. La filosofía y las ciencias teológicas tuvieron como insignes expositores, entre muchos otros jesuitas, al Cardenal Belarmino, a Molina y a Suárez, todos de insigne memoria, el primero de ellos recientemente elevado por la Iglesia a la categoría de santo y de Padre de la Iglesia. Y en todos los países, así en Italia como en España, en Francia como en Flandes, en Inglaterra como en Suecia, Rusia y Alemania, los miembros de la Compañía de Jesús fueron con sus innumerables colegios de nuevo tipo y con su *Ratio Studiarum*, los creadores del primer sistema educativo que contempló el desarrollo del ser humano en sus tres órdenes de capacidades, física, moral e intelectual. Pedagogos y críticos protestantes de grave autoridad consideran el *Ratio Studiorum*, formulado en su forma primitiva por el propio San Ignacio, como el primer intento de educación integral que registra la historia de la Pedagogía. Y aunque aquellas primeras normas que aplicaron los colegios jesuíticos no fueron completas y perfectas en todos sus desarrollos, la Compañía, con espíritu altamente comprensivo, las ha ido modificando en diferentes épocas y adaptándolas a las necesidades de los tiempos y a los sanos progresos de las ciencias de la educación.

Fue en todo tiempo un esfuerzo constante de los padres de la Compañía de Jesús el estudiar en sus novicios y aspirantes las capacidades especiales de que estuviera naturalmente dotado cada individuo, en vista de dedicarlo desde el principio y en todo el curso de su vida a aquella ciencia o disciplina que más conviniese a sus disposiciones nativas. De esta suerte, acometió la Compañía, desde hace algunos siglos, el célebre problema de las aptitudes individuales, que en los tiempos actuales ha surgido como materia de estudio en los principales centros educativos del mundo. ¿Cuáles son los medios que los maestros jesuitas han solido emplear para descubrir las aptitudes? Aunque soy un antiguo aficionado a cuestiones pedagógicas, yo no podría decirlo. Solamente puede afirmarse que por fuerza han de ser medios acertados y eficaces, ya que el éxito los ha coronado de manera brillante, como vamos a verlo con una somera mención de algunos de los varones disertos y eminentes en las diversas ciencias que han florecido de tiempo atrás en la Compañía de Jesús.

En las ciencias matemáticas, todos los eruditos conocen el nombre del Padre Cristóbal Clavius, profesor en Roma hacia 1560, consumado matemático, astrónomo y cro-

nologista, autor de la reforma del calendario y a quien se llamó "el Euclides de su siglo". El jesuita belga Gregorio Saint Vicent, que vivió en la época que podría llamarse de los grandes matemáticos, fue tan admirado por Leibnitz que éste lo equiparó a Descartes y fue uno de los fundadores de la geometría analítica. El padre italiano Jerónimo Saccheri, profesor en la universidad de Pavía hacia 1700, fue acaso el primero que en sus obras previó las geometrías no euclidianas. Los misioneros jesuitas Mateo Ricci e Ignacio Gaegler y sus compañeros que partieron al Celeste Imperio en el siglo XVII, aprovecharon su profunda versación matemática, geográfica y astronómica para fundar laboratorios que aun existen, y para difundir la doctrina de Cristo entre los chinos. El jesuita milanés Tomás Ceva, enseñó por treinta y cinco años el cálculo infinitesimal en la universidad de Bolonia y es tenido como uno de los más profundos conocedores de esta rama de las matemáticas.

En los dominios de la Astronomía y de las Ciencias Físicas, no son menos ilustres y meritorios ante el movimiento científico universal los nombres de muchos hijos de San Ignacio. El padre Rogerio Boscovich, que vivió en el siglo XVIII, fue a la vez astrónomo, físico y geodesta de prestigio universal. Es considerado nada menos que como el fundador de la teoría atómica, midió dos grados del meridiano en los estados pontificios, fue nombrado profesor de Óptica de la marina francesa, creó el observatorio de Breda y dejó catorce obras sobre Matemáticas, veintiocho sobre Física y quince sobre Astronomía. El jesuita alemán Cristóbal Cheiner inventó hacia 1640 el primer telescopio perfeccionado, al que dio sus últimos toques otro jesuita, el P. Nicolás Suchi, amigo y compañero del astrónomo Kepler. Gaspar Schot, jesuita nacido en Amberes, escribió numerosas obras sobre Física, y sus descubrimientos en la rama de la Neumática han quedado como adquisición definitiva de la ciencia. Al Padre Atanasio Kircher, muerto en 1680, se deben dos inventos tan útiles como la bocina de alta voz y la linterna mágica, que fue el paso precursor en el descubrimiento del arte fotográfico. El mismo sabio expuso por la primera vez el fenómeno de la fluorescencia y la teoría física de los colores. El jesuita Francisco Lana Terzi fue uno de los precursores de la navegación aérea, al idear en 1687 el primero de los primeros globos aerostáticos.

En época más reciente —y ya hacia fines del siglo

pasado— el Padre Angelo Secchi, director del Observatorio astronómico del célebre Colegio Romano, ilustró su nombre con admirables comprobaciones sobre la composición del sol y de las estrellas, lo que llevó a cabo por medio del análisis espectral. Estos estudios que admiraron al mundo de los sabios, le valieron el dictado de “Padre de la Física astral”. El Padre Perry, director del Observatorio de Slowhurst, en Inglaterra, a más de haber hecho importantes descubrimientos en el dominio de la Física Solar, es quien ha dejado las mejores monografías sobre el tránsito de Venus en 1874 y 1882 y sobre los eclipses totales de sol en 1870, 1886, 1887 y 1889. Es el astrónomo que ha tomado parte en el mayor número de expediciones científicas y murió en una de ellas como enviado por el gobierno inglés.

No menos trascendental ha sido el contingente de los miembros de la Compañía de Jesús en el campo de la Biología, de las Ciencias Naturales y aun de la Medicina. Solamente citaré el descubrimiento de la quina, de tan vastas consecuencias en el arte de curar y no pocos trabajos de Geología, de Botánica y de Zoología, producidos en diferentes épocas y en muy diversas latitudes. En este último capítulo, es muy celebrada la obra del entomologista Erich Wasmann, jesuita alemán, sobre la vida de los escarabajos, digna de figurar al lado de los estudios de esos admirables observadores que se llaman Fabre, Huber y Maeterlink sobre las costumbres de las hormigas y de las termitas.

El jesuita holandés Bolsius ha escrito una de las mejores obras sobre Anatomía microscópica; el belga Dierk ha sobresalido en sus obras sobre Morfología, y el padre francés Pauthel mereció en 1898 el *Premio Thore*, del Instituto de Francia, por su tratado de Anatomía comparada. Y el jesuita español padre Pujiula, ha publicado recientemente una obra monumental sobre el desarrollo del embrión, obra que figura con honor al lado de las de Ramón y Cajal.

Me haría interminable si pretendiese citar, aunque fuese una parte, de lo mucho que a la Compañía de Jesús deben otros departamentos de las ciencias, como la Química, la Geografía, la Mecánica, la Filología y la Lingüística. Ella se ha preocupado en todas sus misiones, así entre las tribus aborígenes de América como en el Indostán y en el centro del Africa, por estudiar a fondo los idiomas nativos

y en sus bibliotecas se pueden hallar gramáticas y vocabularios de casi todos los idiomas y dialectos bárbaros, que han servido en grado eminente a los sociólogos, a los historiógrafos y a los lingüistas para hacer avanzar sus respectivos ramos.

Pero no dejaré de mencionar un departamento de las ciencias del que los Padres de la Compañía de Jesús se han hecho una especialidad en los tiempos modernos. Tal es la Meteorología.

No sé a punto fijo si el primer observatorio meteorológico de los Padres de la Compañía de Jesús fue fundado en el Célebre Colegio Romano, o en El Ebro, de España, o en Inglaterra o en la Islas Filipinas; pero es lo cierto que hoy funcionan por todo el mundo, y así en Asia como en Oceanía, en Europa como en América, no menos de cuarenta observatorios fundados y sostenidos por los jesuitas se ocupan del estudio de los meteoros y de los otros hechos naturales relacionados con ellos. Allí las lluvias y los vientos, las tempestades y el régimen de las nubes, las irradiaciones de la esfera solar y los efluvios de las selvas y de los mares son registrados con finos aparatos y por operadores que inscriben sus cifras cada hora, cada media hora, en el día y en la noche y con esos números forman cuadros y trazados que se intercambian los diversos observatorios diseminados por el mundo entero. ¿Y todo esto para qué? Preguntémoselo a los navegantes, a los aviadores, y a también podríamos preguntarlo a los simples agricultores y a los militares, si entre nosotros ellos se inquietaran por esta clase de exploraciones que en todos los países bien organizados son hoy de tan alto valor para los que labran la tierra y para los que se dedican a las artes de la guerra. Son muchos los millares de vidas que se han economizado cuando los marinos han recibido de uno de estos vigías de la atmósfera un aviso oportuno sobre el probable movimiento de los vientos en una región determinada de los mares y muchas las catástrofes aéreas que se han evitado, cuando el piloto de un avión ha sido prevenido sobre las oscilaciones que van a presentarse en las rutas que se propone recorrer.

Ese auténtico hombre de ciencia que es el Padre Simón Sarasola, creó entre nosotros el Observatorio de Meteorología que hace ya más de quince años funciona en lo más alto del Colegio de San Bartolomé. El Padre Sarasola,

antes de venir a Colombia, fue por muchos años director de un observatorio semejante en la ciudad de Cienfuegos, de la isla de Cuba. Allí publicó sus obras sobre *Los ciclones de los Mares Antillanos*, obras que aquí apenas hemos oído mencionar, pero que, en cambio, son bien conocidas, admiradas y consultadas por los sabios de Europa y de América.

Y ya que hemos llegado a una dependencia del propio Colegio de San Bartolomé, bueno será que, echemos una ojeada sobre lo que la Compañía de Jesús ha hecho por la ciencia y la cultura en Colombia y sobre lo que este plantel, bajo la dirección de la misma Compañía, ha representado en la vida intelectual de nuestro país.

No haré sino enunciar algunos hechos descollantes, ya que la historia completa de tan atrayente materia corre publicada en libros escritos por los propios jesuitas o por autores extraños a la Orden.

En el año de 1604 fundaron los jesuitas su primer colegio en Santa Fe de Bogotá, donde ingresaron, desde el primer momento más de cien estudiantes. A este colegio quedó incorporado en el año siguiente, el seminario naciente, por disposición del Arzobispo Fray Bartolomé Lobo Guerrero. En la organización y el plan de estudios que los jesuitas adoptaron desde el principio, figuraban la gramática y las humanidades para los niños, la Teología Moral para los clérigos y la Filosofía, la Física, la Astronomía, la Meteorología, las Matemáticas y la Cosmología. Este fue, de consiguiente, el primer intento, realizado en los albores de la Colonia, para establecer la instrucción en sus dos etapas primaria y secundaria y en sus dos modalidades que se llaman hoy bachillerato clásico y bachillerato científico. A poco andar, se crearon allí mismo, y por primera vez en nuestra patria, las enseñanzas del Derecho y de la Medicina, y fue el catedrático de esta última materia el Protomédico y licenciado don Rodrigo Henríquez de Andrade, en el año de 1639.

Dependiente del mismo Colegio de San Bartolomé, hubo bien pronto lo que se llamó —no sé por qué motivo— *Congregación de los Príncipes*, y que no era otra cosa que una enseñanza moral y cívica —probablemente vespertina o nocturna— para menestrales y obreros. La sana y bien entendida cultura de las clases populares es, por lo visto, una preocupación muy antigua en la Compañía de Jesús y

desde entonces ella emprendió lo que hoy ha llevado a tan feliz realización en su bien organizada Villa Javier, el benemérito padre Campoamor.

A esta fundación en la capital de la colonia, se fueron sucediendo las de muchos otros colegios de los Padres Jesuitas, en el resto del país, concebidos sobre el mismo plan de estudios y con organización igual a la de San Bartolomé. Recordemos algunos de ellos, para que se aprecie en toda su extensión la obra cultural de la Compañía de Jesús en esta parte de la América. El colegio de los Jesuitas en Cartagena fue creado en 1605; el de Tunja, en 1611, por orden del Provincial Gonzalo de Lira; el de Honda, en 1620; el de Pamplona, en 1622; el de Popayán, en 1640; éste debe considerarse como el foco de donde irradiaron tantos hombres eminentes que produjo la noble ciudad de Belalcázar, para las ciencias, para la política, para la grandiosa obra misionera en la región del Amazonas y para la magna empresa de la emancipación americana. En 1643 fue fundado por los Jesuitas el colegio de Mompox; en 1651, los mismos Jesuitas colombianos fundaron su colegio en Panamá; en 1727, el de la ciudad de Antioquia y en 1713, el de la ciudad de Pasto. Verdad que esta obra de cultura es colosal y que ningún otro instituto puede alegar iguales títulos ante nuestra patria y ante el reconocimiento universal?

Como hechos importantes que se registran en torno del Colegio de San Bartolomé, es preciso citar la traída de la primera imprenta y de consiguiente, la primera aparición de publicaciones impresas en nuestro suelo, obra de los Padres de la Compañía de Jesús hacia el año de 1738.

Fue también en las dependencias de San Bartolomé donde se dictaron las primeras clases de solfeo y donde se fabricó el primer órgano, debido al Padre Jesuita italiano José Daday. También se elaboraron allí por otro jesuita, el Padre Colucini, los planos del claustro y del actual templo de San Ignacio, de tan sobria y armoniosa arquitectura.

Desde sus principios, abrió el Colegio de San Bartolomé las clases del idioma chibcha. Jesuitas hubo que, habiendo empleado largos años en estudiar entre las tribus y núcleos indígenas el idioma nativo, lo profesaron por veinte, treinta, cincuenta y más años en las cátedras de San Bartolomé. Apenas hay para qué encarecer la importancia decisiva que esta enseñanza tuvo en la educación y evangelización de la población aborigen.

Pero sin duda la sección de los colegios de la Compañía en Bogotá, que tuvo en la época de la Colonia la más densa floración de hombres, la que se hizo sentir con más alta eficacia en el desarrollo y civilización de nuestra patria, fue el llamado *Colegio Máximo*, donde se formaba el personal de misioneros. Allí, y en las casas de Popayán, de Tunja y de Cartagena, principalmente, fueron armadas para tan arduo y colosal empeño las misiones que partieron hacia todos los confines de la Nueva Granada, a llevar la antorcha de la civilización y de la fe cristiana a las innumerables tribus errantes y desamparadas de nuestro territorio. Unos partieron hacia las pampas orientales: exploraron, colonizaron y evangelizaron a lo largo de los ríos Casanare, Pauto, Meta y Orinoco, y su celo los llevó hasta los confines de la Guayana; allí, tras innumerables vicisitudes, fundaron más de cien poblaciones, conquistaron para la doctrina a tribus numerosas y bravías, fomentaron la ganadería, enseñaron algunas artes y muchos de ellos fueron martirizados por la tribu irreductible de los Caribes. Otros se encaminaron a las regiones del Darién, en tierras que permanecen, aun hoy día, esquivas a la obra de la civilización. Otros exploraron por la primera vez nuestras tierras del Chocó y del Atrato y allí, al lado de su obra espiritual, que fue grandiosa, conocieron y revelaron las riquezas minerales de ese suelo incomparable. Algunos se dirigieron hacia los valles de Neiva y del Cauca y sobre las vertientes de la Cordillera Central, y fueron, junto con las misiones franciscanas, factor decisivo en la reducción y evangelización de las tribus belicosas de los Paeces, los Natagaimas y los Coyaimas. Y de las casas de Popayán y de Quito, se aventuraron numerosas misiones en busca del Gran Río de la América; reconocieron, los primeros, el curso de los ríos Napo, Putumayo y Caquetá, llegaron al Amazonas y en su obra civilizadora y evangelizante, avanzaron hasta Manaos, donde tomaron contacto con las misiones capuchinas que hasta ese punto habían destacado los portugueses. Algunos de estos últimos misioneros jesuitas son acreedores de manera especial a nuestra agradecida recordación, por haber previsto la importancia geográfica y política de esa región, y por haber hecho presente al rey de España la necesidad de asentar y organizar su poderío sobre el Amazonas. Tales son, entre otros, el Padre Rafael Ferrer, eminente lingüista, que se asimiló los dialectos de unas 10 tribus distintas, el padre alemán Sa-

muel Fritz, quien atrajo a la tribu de los Omaguas, fundó cuarenta poblaciones y exploró el Amazonas desde la desembocadura del Napo hasta más allá del Río Negro, en una extensión de 400 leguas, todo lo cual fue arrebatado a la Nueva Granada por una fuerte expedición portuguesa el 1710. Además, es imposible dejar de recordar el nombre del egregio jesuita pastuso padre Juan Lorenzo Lucero, superior durante 20 años de la misión del Amazonas, quien por sus excelsos talentos y virtudes ha sido llamado el San Francisco Javier del Occidente.

Tal, a grandes rasgos, la obra de la Compañía de Jesús en nuestra patria durante la era colonial. Este rápido, incompleto y fragmentario recuento y, mejor que él, las obras de crítica y de historia que sobre esta materia se han escrito, demuestran a todo el que no cierre deliberadamente los ojos a la luz de la verdad y la justicia, que aquí, como en toda parte, la misión cultural de la Compañía de Jesús para todas las clases de la sociedad ha sido invaluable y que para la obra civilizadora de la vieja Europa en nuestro continente, la Compañía ha sido la legión de vanguardia de la verdad religiosa y de la verdad científica.

Tras larga y trágica ausencia, llegó nuevamente la Compañía a nuestras playas hace cincuenta años. De entonces a hoy, su obra espiritual ha sido en Colombia la misma que se impuso desde su fundación: predicar la verdad de Cristo; conquistar las almas para la virtud; educar las generaciones en los eternos principios de la verdad católica; difundir e impulsar las ciencias; armar con las disciplinas del espíritu a sus discípulos para las luchas de la existencia; combatir los errores. De los primeros que retornaron y que iniciaron la faena, ninguno queda entre nosotros. Todos han muerto, los más de ellos en olor de santidad, llorados y venerados por nuestra sociedad. Contingentes sucesivos han ido ocupando el surco y continuando la jornada, que para ellos no tiene sino un solo reposo, el de la muerte. Dos figuras egregias de sus filas, Paúl y Velasco, han ocupado con altísimo prestigio la silla primada de Colombia y la estela de su austeridad y de su acierto ilumina perdurablemente los fastos de nuestra historia. Y, por lo demás, el espíritu docente, inquieto y vigilante, en materias de ciencia y de progreso, que es el tema principal de ésta mi desmañada exposición, lejos de decaer, ha hecho honor a las tradiciones y actividades de la Orden.

Las manos expertas de la Compañía de Jesús han plasmado en Colombia, durante este medio siglo, el alma de varias generaciones de discípulos que han llegado a ocupar puesto eminente en todas las altas actividades de nuestra patria: en la Iglesia, en la política, en el foro, en las ciencias, en el parlamento, en la milicia y en las diferentes profesiones. Muchos de ellos han rubricado con su noble sangre su adhesión a los principios tutelares de la conciencia y de la fe. Básteme con recordar, entre muchos, dos nombres de bartolinos ilustres que jamás se borrarán de nuestra memoria: Jesús Casas Castañeda y Pablo Emigdio Briceno.

Los programas y métodos del *Ratio Studiorum*, con las oportunas reformas que la Compañía les introdujo en el año de 1830 y con otras que ha ido y que seguramente seguirá aplicándoles, son su norma de acción pedagógica. Como de tiempo atrás, los maestros del Colegio de San Bartolomé, en materia de enseñanza científica han prestado un celo especial en las ciencias Físico-Químicas, Naturales y Matemáticas. Los profesores en estas importantes materias se han propuesto llevarlas a un alto nivel y ponerlas para sus discípulos día a día con los más recientes desarrollos y descubrimientos.

En el gabinete de Física de San Bartolomé se hicieron en 1898 los primeros experimentos en nuestro país con el Radio, con ayuda de una partícula de ese cuerpo, comprada en 10.000 francos y traída por el padre Barturen. Hacía apenas un año que ese metal había sido descubierto. En el año de 1905 se hicieron en el mismo gabinete las primeras experiencias en Colombia, sobre la telegrafía sin hilos, también por el padre Barturen. Las primeras películas cinematográficas de carácter científico fueron traídas a San Bartolomé y proyectadas allí en el año de 1912. Numerosos actos públicos han tenido lugar en ese mismo colegio, ilustrados con proyecciones, sobre asuntos científicos de gran actualidad, como son el estudio físico del aire, el microscopio en la industria, los gases asfixiantes y defensas contra ellos, las comunicaciones aéreas, el petróleo y sus derivados y otros de análoga importancia. Los primeros ensayos con los Rayos X fueron hechos también por primera vez en Bogotá en el Colegio de San Bartolomé, por el infatigable padre Barturen en los años de 1900 a 1903.

La Geología y la Paleontología de la Sabana de Bogo-

tá fueron objeto de muy interesantes estudios y exploraciones llevados a cabo por el padre Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, a quien se debe, además, la creación del Museo Natural de San Bartolomé.

Sobre Botánica, se deben mencionar las exploraciones especialmente orientadas hacia nuestra flora nacional hechas por el padre Barturen, profesor, además, de Geología por varios años en la Facultad Nacional de Ingeniería, autor de varias cartillas de propagación científica y fundador de la *Sociedad de Divulgación de las Ciencias Naturales en Colombia*.

Sección muy digna de mención de la obra cultural de la Compañía de Jesús en Colombia es la Universidad Javeriana. Fundada en el año de 1622, al lado del Colegio de San Bartolomé, funcionó hasta el año de 1767 y en esa primera época confería grados de Teología, de Filosofía y de Cánones y expedía, además, el "Bachillerato en Artes". Reanudó labores en 1931, bajo el impulso de los Padres Jesús María Fernández, Félix Restrepo y Carlos Ortiz Restrepo. Es hoy, como todos sabemos, un alto centro de estudios en Ciencias Jurídicas, Económicas y Políticas y en Procedimiento Penal, donde, aleccionado por un selecto profesorado, se forma un importante núcleo de nuestra juventud.

Debo mencionar, por último, la importantísima sección de sismografía anexa al Observatorio de Meteorología, y fundada por el padre Sarasola, que registra rigurosamente todos los movimientos sísmicos del mundo, con indicación precisa de las distancias y de los epicentros. Las indicaciones de esta sección son ávidamente esperadas y pedidas por todos los grandes observatorios del universo, como elemento incomparable para un ramo de la ciencia de grandes e imprevistos desarrollos.

Y basta ya. Lo que acabo de exponer, y que pertenece en parte a la historia de la ciencia universal, y en parte, a la historia de la ciencia colombiana, es un bloque de hechos desnudos, deslumbrantes y perentorios. Ellos son la hoja de servicios, el *curriculum vitae* de la Compañía de Jesús ante el proceso cultural de la humanidad y ante el desarrollo intelectual de nuestra patria.

MIGUEL JIMENEZ LOPEZ